

LA RUINA VISITABLE

CRISTINA VIDAL LORENZO

Universitat de València

GASPAR MUÑOZ COSME

Arquitecto

Introducción

EL interés por la exploración de monumentos antiguos y el coleccionismo se remonta incluso a la Antigüedad. De hecho, existen testimonios de que en el siglo VI a.C., el último rey de Babilonia, Nabónido, emprendió la excavación e investigación de los templos de Sippar, Ur, Larsa y otras ciudades, con el fin de conocer quién había mandado erigirlos e iniciar su reconstrucción. Esta curiosidad por el pasado fue heredada por su hija, En-nigaldi-Nanna, suma sacerdotisa de Ur, quien poseía una interesante colección de antigüedades procedentes de dichas excavaciones en una de las estancias de su *giparu* (residencia), a orillas del río Éufrates.

Un siglo más tarde, el célebre viajero e historiador griego Herodoto se entusiasmó con las ruinas de Egipto y las construcciones religiosas asirias y babilonias, dejándonos en su *Historia* un interesante testimonio acerca de algunas de ellas y de las costumbres de sus habitantes: “En Asiria hay muchas ciudades realmente grandes, pero la más digna de mención, también la más poderosa, que después de la destrucción de Nínive se convirtió en la capital del país, fue Babilonia”.¹

Otros viajeros y eruditos griegos contribuyeron asimismo a ampliar el conocimiento de las ciudades del pasado, y a dejar constancia, en ocasiones, de aquéllas en ruinas, como lo hiciera Pausanias en su *Descripción de Grecia* con las de Delos, Tebas, Tirinto, Micenas o Megalópolis: “El que Megalópolis, fundada con todo entusiasmo por los arcadios y con las mayores esperanzas de los griegos respecto a ella, haya perdido toda su belleza y prosperidad antigua y la mayor parte de ella sea ruinas en nuestro tiempo, no me ha sorprendido en absoluto...”,² o Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca histórica*: “...Pero los reyes de los persas la sa-

quearon después; de los palacios reales y de las otras construcciones, a unas, el tiempo las desvaneció completamente y, a otras, las arruinó; incluso de la misma Babilonia, ahora está habitada una pequeña zona y la mayor parte del interior de la muralla es cultivado”.³

De la misma manera, los historiadores chinos exploraron las ciudades en ruinas de los tiempos más antiguos para reconstruir la historia de sus antepasados, dejando de ello valiosos testimonios.

También existe una abundante información acerca de las acciones emprendidas por algunos “coleccionistas” romanos, deseosos de embellecer sus residencias con fragmentos de antiguos monumentos, lo que fue objeto de numerosas denuncias por parte de personalidades como Cicerón, quien en sus *Verrinas* censuró enérgicamente el expolio de bienes artísticos griegos: “Existe un templo de Minerva en la Isla, de la que he hablado antes. Marcelo no lo tocó; lo dejó intacto y con sus ornamentos. Fue expoliado y saqueado por ése [Verres] de tal modo que parece haber sido maltratado no por algún enemigo que, en todo caso, respetaba en guerra los sentimientos religiosos y los derechos tradicionales, sino por los bárbaros piratas”.⁴

Como más adelante veremos, este interés por la exploración e investigación de las ruinas del pasado habría de decrecer de forma considerable durante los siglos medievales, para renacer con ímpetu en los albores de la Edad Moderna.

El objetivo de este artículo es, por tanto, ofrecer una visión general de cuáles han sido las diferentes visiones y actitudes generadas en torno al tratamiento de las ruinas de los antiguos monumentos, desde la caída del Imperio Romano hasta nuestros días, observando como consecuencia de ello el tratamiento que actualmente se otorga a estas ruinas para hacerlas más comprensibles y acercar su contenido e historia al visitante.

¹ Herodoto: *Historia*, Libro I, 178, edición de M. Balasch, Madrid, Cátedra, 1999.

² Pausanias: *Descripción de Grecia*, Libro VIII, 33, 1 (Intr., trad. y notas de M. C. Herrero), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 198, 1994. Véase también Estrabón: *Geografía*, VIII, 8,1, 718-719 (Trad. y notas de J. J. Torres), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 289, 2001.

³ Diodoro de Sicilia: *Biblioteca Histórica*, Libro II, 4, 9-10:9 (Intr., trad. y notas de F. Parreu), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 294, 2002.

⁴ Cicerón, M.T.: *Verrinas*, vol. II, Discurso IV, 122 (Trad. y notas de J. M. Requejo), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 140, 1990.



Fig. 1. Esfinge y pirámide de Keops en Gizeh, Egipto.

La ruina histórica. Un pasado olvidado

La conversión del Imperio Romano al cristianismo en el siglo IV supuso, entre otras medidas, la supresión de los cultos paganos y, por tanto, el cierre de todos los templos del Imperio. Consecuencia de ello fue que esas grandes manifestaciones arquitectónicas de la Antigüedad, esparcidas no sólo en la península itálica, sino también en Hispania, Galia, Germania, los territorios helénicos, Egipto y demás centros del Mediterráneo occidental y oriental, fueran sometidas a un lento proceso de degradación y abandono, que habría de culminar con su conversión en ruinas, en cantera para los nuevos edificios o en soporte de las construcciones cristianas (Figs. 1 y 2).

Así, espacios arquitectónicos tan célebres en los tiempos antiguos como los Foros romanos o el Coliseo fueron entonces invadidos por la vegetación y el olvido. Otros corrieron peor suerte y permanecieron en "carne viva" al arrancárseles los vistosos revestimientos de mármol característicos de la arquitectura romana, al tiempo que algunos de sus templos paganos más significativos y que más habrían de influir en la arquitectura del Renacimiento fueron transformados en iglesias, entre ellos, el Panteón, dedicado en el año 609 al culto de Santa María de los Mártires.

Como decíamos, esta situación se extendió al resto del Imperio, y también en aquellos años edificios emblemáticos como el Partenón de Atenas fue consagrado

a la Virgen María. En Egipto, el cierre de los templos condujo asimismo al abandono de la escritura jeroglífica, aún en funcionamiento, cuya enseñanza había estado garantizada por los sacerdotes paganos que guardaban los templos. A raíz de entonces, hubo que esperar más de catorce siglos para su desciframiento.

Con el correr de los años, la expansión del Islam condujo a la ruptura de la unidad mediterránea, al tiempo que la cultura cristiana propició el nacimiento de una Europa dominada por la fe pero muy debilitada por las invasiones bárbaras. Y una vez más, las víctimas de estos convulsos acontecimientos fueron algunas de las arquitecturas antes mencionadas, que de iglesias cristianas pasaron a convertirse en mezquitas musulmanas, como el Partenón, sin ir más lejos.

Algo similar ocurrió con los vestigios arquitectónicos de las grandes culturas de Oriente Próximo que al caer en poder del Imperio turco otomano, al igual que Grecia o Egipto, quedaron parcial o totalmente sepultados por la arena del desierto.

En definitiva, durante los siglos medievales poco fue el interés del hombre europeo por los monumentos de la Antigüedad, y exceptuando algunas acciones puntuales propiciadas por reyes y emperadores (Teodorico, Carlomagno, Federico II) escasos fueron los intentos de volver la vista al pasado. Ciertamente es que Roma siguió siendo visitada por viajeros y peregrinos deseosos de conocer los lugares santos, de ahí la existencia de "itinerarios" y guías cultas de turismo medieval, como los célebres *Mirabilia Urbis o Romae* destinadas a guiarlos por los principales sitios de la ciudad, mientras que otros, en su ruta hacia Tierra Santa, llegaron incluso a visitar los antiguos vestigios del norte de Egipto, pero interesándose más por los cristianos que por los de época faraónica o grecorromana (Fig. 3).

No obstante, como ya hemos indicado, el paisaje urbano de esos grandes centros del mundo antiguo ya estaba sentenciado, lo que condujo a que sus monumentos más relevantes, víctimas del olvido, exhibieran un estado ruinoso en los albores de la Edad Moderna.

La búsqueda del pasado

Ciertamente, no será hasta el Renacimiento en que adquiera auténtica fuerza ese interés por el retorno al mundo clásico, gracias al movimiento humanista que empezó a gestarse en los Estados italianos. A pesar de que desde la instalación del poder papal en Aviñón en el siglo XIV Roma había dejado de ser la capital y estaba prácticamente deshabitada, se fue manifestando un acentuado sentimiento nacionalista, desencadenante de ese deseo de vuelta al glorioso pasado romano.

Por ello, ya desde el *trecento* se aprecia en ese entorno cierta preocupación por la protección de los monumentos antiguos desde el ámbito legal, algo especialmente aprovechado por los defensores de una Italia unificada e independiente con Roma a la cabeza, como el tribuno romano Cola di Renzo, y, más adelante, una vez superado el Cisma de Occidente, por el propio poder papal que veía en el antiguo Imperio Romano un modelo de grandeza a imitar. Sin embargo, paralelamente a estas acciones destinadas a conservar las ruinas se desarrollaron otras opuestas a ello, como fue el auge del coleccionismo, y no sólo de objetos de carac-

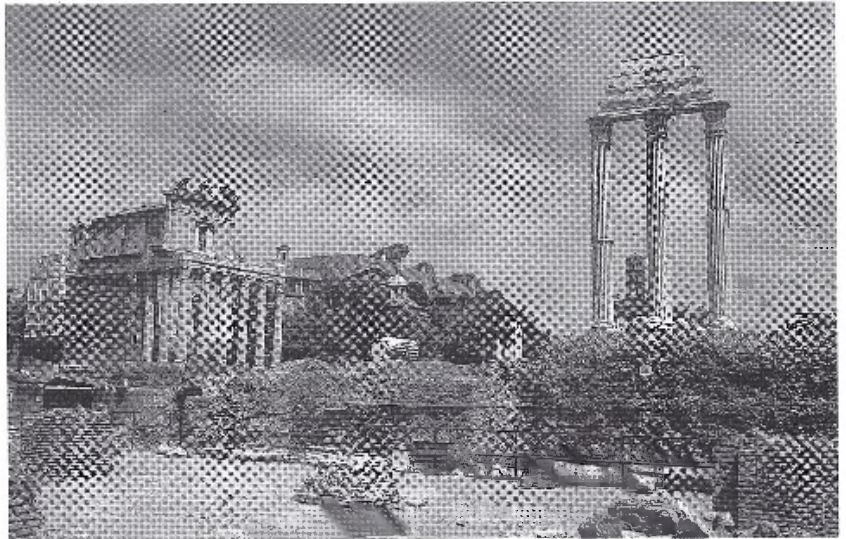


Fig. 2. Ruinas del Foro romano, Italia.

ter mueble sino también de elementos constructivos, relieves escultóricos o inscripciones ligadas a los monumentos, contribuyendo con ello a acentuar el estado de ruina de los conjuntos arquitectónicos.

La primera “resurrección” y puesta en valor de los monumentos griegos y romanos puede decirse que se remonta, en realidad, a comienzos del *quattrocento* cuando algunos representantes del movimiento humanista centraron sus esfuerzos no sólo en el ámbito filológico sino sobre todo en la conservación y difusión de los monumentos del pasado. Uno de ellos fue Ciriaco de Ancona, autor de algunas de las primeras descripciones y dibujos –no siempre muy acertados– de edificios griegos y romanos, quien dedicó los últimos años de su vida a intentar rescatar la arquitectura y las obras de arte griegas del poder otomano (Fig. 4).

Paralelamente, el interés por la filología fomentó la recuperación de numerosos restos epigráficos, que fueron debidamente traducidos y editados, y el redescubrimiento de textos antiguos, destacando entre éstos un manuscrito del *De Architectura* de Vitruvio, hallado por Poggio Bracciolini en la abadía de Saint Gall, una obra que aunque ya era conocida en la Edad Media,⁵ sus primeras ediciones impresas e ilustradas corresponden a las postrimerías del siglo xv y los comienzos del xvi.

Gracias al Tratado de Vitruvio y a una cuidadosa observación de las ruinas romanas, los tratadistas del *seicento* comenzaron a “especular” acerca de cómo debieron ser esos edificios en su época de apogeo, convirtiéndolos en modelos para la nueva arquitectura surgida como reacción al gótico medieval. Es decir, las ruinas, junto con su reformulación gráfica y teórica, se consideraron arquetipos y fuente de inspiración de lo moderno, de ahí que también en esos años las excavaciones arqueológicas y el coleccionismo hayan tenido un gran auge.

Lógicamente, esas excavaciones poco tenían de científicas, un hecho que, aunado a ciertos actos de vandalismo y a la obsesión por el descubrimiento de antigüe-

dades, tampoco contribuyó a la adecuada preservación de las ruinas.

Lo que sí se logró con gran éxito, gracias sobre todo a los tratados, fue la difusión de los modelos arquitectónicos grecolatinos al resto de Europa, fomentándose así el famoso “viaje a Italia” con el fin de conocer directamente los monumentos en ruinas del pasado.

Con el correr de los años, este anhelo por el descubrimiento de vestigios antiguos se extendió a otros territorios más alejados, y no sólo a Grecia o Egipto, sino también al continente asiático y americano.

Los siglos del Barroco fueron asimismo muy prolíficos en hallazgos de importantes monumentos e, incluso, de ciudades enteras hasta entonces desconocidas, llegándose a organizar auténticas “expediciones científicas” financiadas bien por monarcas y por las recién creadas instituciones destinadas a fomentar el estudio de la arquitectura y el arte antiguo, o bien por mecenas particulares (Fig. 5).

La apreciación de la ruina. El Romanticismo

La apreciación de la ruina como monumento en sí corresponde al siglo xviii, cuando comienzan a proliferar las *vedute* o representaciones de ruinas, en las que éstas aparecen como elementos inherentes al paisaje, insertas en atmósferas idealizadas y ficticias. Esta forma de representar las ruinas dentro de un ambiente dramático es propia de pintores como Poussin, Pannini, Robert o Cassas mientras que otros como Piranesi o Le Roy prefirieron el grabado o el dibujo para transmitir esos ambientes “románticos”. Algunos de éstos fueron conocidos, indudablemente, por artistas japoneses del período Edo, como Utagawa Toyoharu, autor de un famoso *ukiyo-e* con vistas de las ruinas de Europa realizado a partir de uno de esos grabados importados de Europa (Figs. 6 y 7).

No obstante, hay que destacar que en esos años ya

⁵ Recordemos al respecto la mención que Eginhardo, secretario y biógrafo de Carlomagno, hace de Vitruvio y de Virgilio en una carta a Vussin, del año 840.



Fig. 3. Portada de una edición incunable de los *Mirabilia Urbis* o *Romae* conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid (tomada de *Roma Lux*, catálogo de la exposición, Madrid, Electa, 1987, p. 14).

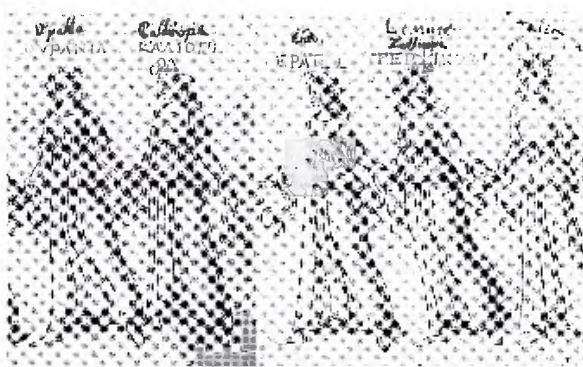


Fig. 4. Dibujo del relieve de las Ninfas de Samotracia realizado por Ciriaco de Ancona en el siglo XV, conservado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford (tomado de Etième, R. y F.: *La antigua Grecia*, Barcelona, Ediciones B, 1998, p. 26).

no importaba tanto la perfección del dibujo de los monumentos ni la exactitud de los mismos, sino la emoción que eran capaces de producir. Es decir, ya no se trataba de dibujar las ruinas con el fin de convertirlas en modelos de una nueva arquitectura, sino que éstas empezaron a ser valoradas como atractivos elementos del paisaje que merecía la pena resaltar.

La presencia de la vegetación encaramada en ellas les otorgaba un toque pintoresco muy apreciado en la estética romántica, de ahí que cuando en el XIX comenzaron a descubrirse las ruinas de antiguas civilizaciones sepultadas por la selva, como la maya o las del Sureste asiático, los artistas encontraran en esos paisajes remotos el ambiente idóneo para este tipo de representaciones (Figs. 9 y 11).

Esta revalorización de las ruinas está, pues, íntimamente ligada al pensamiento romántico, muy sensibilizado con el paso del tiempo y la fugacidad de la vida terrenal, algo que las ruinas encarnaban a la perfección.

Además, al desarrollarse el Romanticismo en unos años de intensa exaltación del nacionalismo muchas naciones europeas emprendieron la búsqueda de su mitificado pasado histórico, algo que los romanos ya habían experimentado con el Renacimiento. De ahí que países como Francia buscaran en su pasado medieval sus señas de identidad y el ideal al que acercarse, y que literatos como Víctor Hugo abogaran por la restauración de los monumentos antiguos (góticos) inspirando “*al país, si es posible, el amor a la arquitectura nacional*”, algo que el famoso arquitecto-restaurador francés Viollet-le-Duc convertiría en la obsesión de su vida.

Ese enardecimiento nacionalista no estaba reñido con el deseo de descubrir y profundizar en el conocimiento de otras civilizaciones, sino todo lo contrario, de ahí que, como decíamos, se haya incrementado el entusiasmo por la representación de ruinas en parajes exóticos y por la aceptación de formas artísticas no occidentales. El propio Viollet-le-Duc, por citar el mismo ejemplo, se interesó especialmente por las ruinas mexicanas, siendo uno de los primeros en denunciar los saqueos de la ciudad maya de Palenque y en establecer, por vez primera en ese país, las bases teóricas para la restauración arquitectónica con el fin de preservar ese patrimonio de la humanidad: “*Desde el momento en que estos edificios de Palenque emergen del olvido, si no son víctimas del vandalismo de los funáticos, sufren la metódica destrucción de los que los aprecian. La mayoría de los viajeros curiosos extraen fragmentos para enriquecer sus colecciones. Una parte de los bajo-relieves del Templo de la Cruz fue arrancada de esta manera, la otra parte, desprendida de su lugar original, permanecía en medio de la maleza cuando Charnay pudo fotografiarla*” (Fig. 8).⁶

La arqueología como método de investigación

Aunque como ya se ha visto la práctica arqueológica se remonta a muchos siglos atrás, solamente podemos hablar de la arqueología como método de investigación científico a partir del siglo XX, en que la aplicación de nuevas técnicas en el análisis de los materiales antiguos y en el rescate de los monumentos ha dado lugar a una arqueología más profesionalizada y científica, completamente diferente a aquella cuyo cometido residía, sobre todo, en el hallazgo de obras espectaculares.

Además, en estos últimos años, el desarrollo de la

⁶ Viollet-le-Duc: “*Antiquités mexicaines*”, introducción a la obra de D. de Charnay: *Cités et ruines américaines*, Paris, 1863.

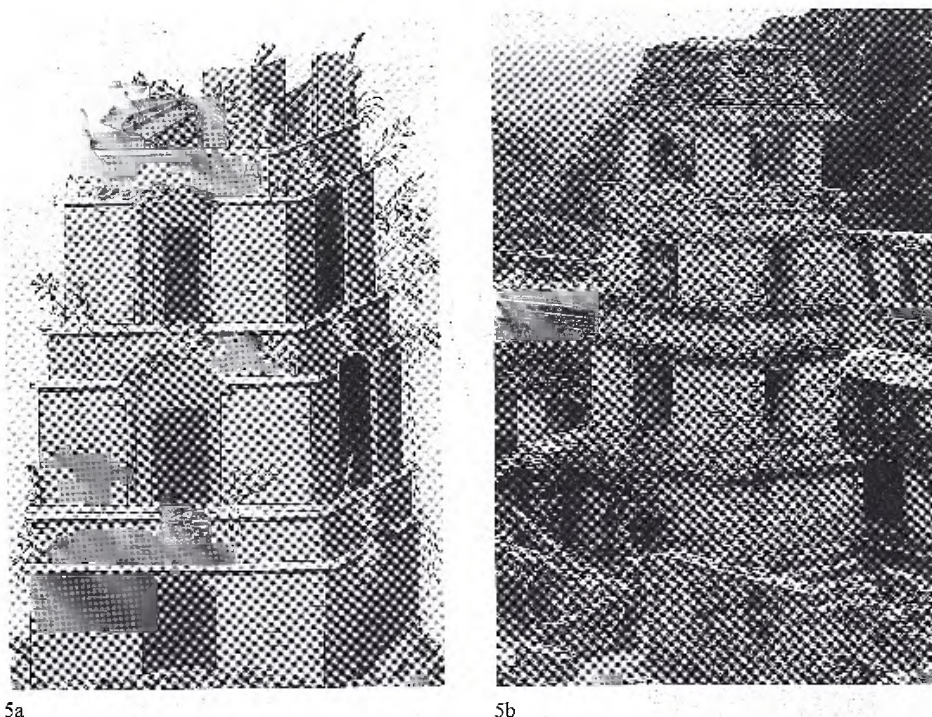


Fig. 5. Torre del Palacio de la ciudad maya de Palenque, México.

5a. Dibujo realizado durante la expedición de Antonio del Río (1787) patrocinada por el rey de España Carlos III. Copia conservada en la Biblioteca del Real Palacio de Madrid.

5b. Estado actual.

arqueología postmedieval e industrial ha permitido extender estos métodos hasta prácticamente la época actual, ampliando su campo de actuación de forma considerable.

En este sentido, también interesa resaltar el papel fundamental que juega la aplicación del método arqueológico en la restauración de los grandes monumentos, desde el momento en que, aplicado de forma rigurosa, nos permitirá obtener unos datos fundamentales tanto para la comprensión general de los mismos como para la interpretación de los hallazgos y objetos que se puedan identificar relacionados con éstos.

El método arqueológico se basa en el análisis de los vestigios del pasado con el fin de reconstruir lo máximo posible la época a la que pertenecen, contando para ello con una gran cantidad de datos gracias a la investigación metódica y detallada, y del registro de materiales *in situ*, algo totalmente ignorado en los primeros tiempos de la práctica arqueológica. Además, a diferencia de antaño, la intervención arqueológica no concluye con la exhumación del monumento u objeto a conservar, sino que continúa con el estudio e interpretación del mismo, haciendo uso para ello de los datos obtenidos durante la excavación.

La recuperación cultural del pasado

Gracias a ese estudio podemos contribuir a la recuperación cultural del pasado, pues una ruina no debe entenderse como un monumento aislado, sino dentro de un contexto histórico-cultural que hemos de identificar e interpretar.

A diferencia del hombre del Renacimiento que veía en las ruinas un modelo a imitar, o del artista del Romanticismo que hacía de ellas la protagonista o la fuente de inspiración de sus obras, el restaurador actual tiene el deber de obtener toda la información posible

acerca del monumento con el fin de reflexionar acerca de su función en el pasado. Sólo así podrá abordar una adecuada restauración del mismo, al tiempo que contribuirá a enriquecer una parcela, aunque sea muy pequeña, de nuestra historia o, al menos, a establecer hipótesis que puedan verse corroboradas con investigaciones posteriores.

Y no siempre esta recuperación cultural del pasado se lleva a cabo echando mano de testimonios inanimados, ya que puede darse el caso de que las ruinas estén en funcionamiento.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de La Antigua Guatemala, una ciudad víctima de un violento movimiento telúrico en el siglo XVIII, consecuencia del cual sus espléndidos edificios de época barroca se mantienen aún en estado de ruina y, por tanto, vacíos. Sin embargo, dichas arquitecturas están totalmente integradas en la ciudad, siendo perfectamente comprensibles para el que las observa (Fig. 10).

Otro ejemplo sería aquél en que los edificios en ruina se utilicen para llevar a cabo en ellos ciertas actividades, como es el caso de los templos khmeres de Angkor en cuyo interior se rinde culto a Buda, lo que obliga a mantener gran cantidad de incienso encendido todo el día, lo que no beneficia en nada al mantenimiento de las paredes y cubiertas. Tanto ésta como la precolombina son una arqueología viva en la que los testimonios escritos o materiales se ven también enriquecidos con la observación de la vida actual (Fig. 12).

Conservacionismo *versus* reinterpretación

Los primeros planteamientos desarrollados con respecto a las ruinas, una vez que se fue consciente de su valor histórico y arquitectónico, fue el dictaminar un conservadurismo extremo para su tratamiento. En principio, la posición más prudente y conservadora ante el



Fig. 6. Ruinas del templo de Júpiter Tonante en el Foro romano, según *veduta* de G.B. Piranesi de mediados del siglo XVIII (tomado de Massani, G. y P. Giampiero, *Come era bella Roma*, p. 46).

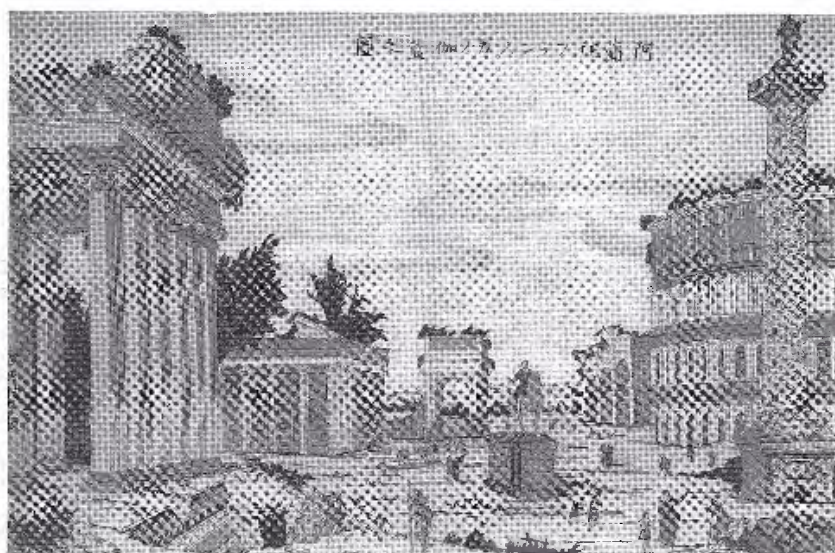


Fig. 7. "Vistas de ruinas de Europa", grabado en madera del artista japonés Utagawa Toyoharu. 1772-1788 (tomado de *Budismo*, catálogo de la exposición, p. 125).

desconocimiento es actuar con la máxima precaución. Así, en la Carta de Atenas de 1931 no se aborda el problema de las excavaciones arqueológicas (aún no era un tema de la suficiente importancia como para formularlo explícitamente) pero sí incluye una interesante discusión sobre las actuaciones propuestas por N. Balanos para la Acrópolis de Atenas. En ella ya se pueden apreciar algunos de los principios básicos que luego fueron consolidados internacionalmente.

Quizás, el más importante es el de la *anastylosis* o reconstrucción con las piezas originales de algunas partes de un edificio que habían caído y del cual se podían encontrar e identificar los elementos originales. No obstante, aceptan con bastantes reservas la utilización de cemento como material nuevo y los vaciados como complemento de la *anastylosis*.

Ésta había sido la técnica empleada por holandeses y franceses en las dos primeras décadas del siglo XX en la

restauración de ruinas de la envergadura de Borobudur en Indonesia o Angkor en Camboya: "[La *anastylosis*] tiene para nosotros el carácter ineluctable de soluciones verdaderamente adecuadas, y no puede decepcionar; siempre y cuando su divisa sea la de todo arqueólogo que se respeta: tiempo, paciencia y reflexión".⁷

Ahora bien, aquéllos eran los albores del planteamiento internacional, de modo que todavía era necesario acumular experiencia y formular de nuevo esta materia para poder llegar a principios más generales. El papel de la arqueología estaba aún relegado en el tiempo, así, en la legislación protectora del Patrimonio Español y hasta la Ley de 1985, se seguía aplicando la Ley de 7 de julio de 1911 que estipulaba que eran *antigüedades todas las obras de arte y productos industriales pertenecientes a las edades prehistóricas, antigua y media*, dejando fuera de la arqueología todo lo sucedido desde el siglo XVI hasta nuestros días.

⁷ Glaize, M.: "L'anastylose, méthode de reconstruction des monuments anciens. Son application à l'art khmer", *Cahiers de l'École Française d'Extrême-Orient*, nº 29, Hanoi, 1942.

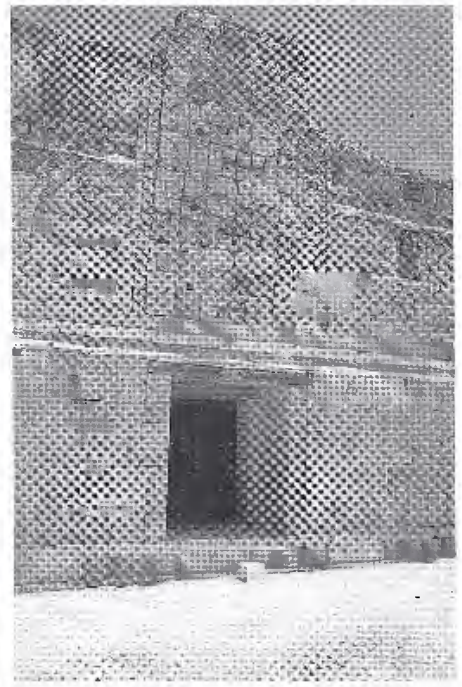
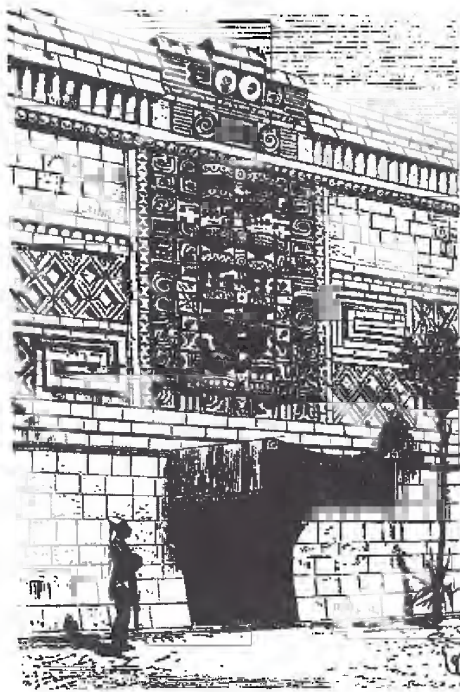


Fig. 8. Detalle de la fachada del edificio Norte del cuadrángulo de las Monjas de la ciudad maya de Uxmal, México.
8a. Reconstrucción ideal de Viollet-le-Duc (1875).
8b. Fotografía actual.

8a

8b

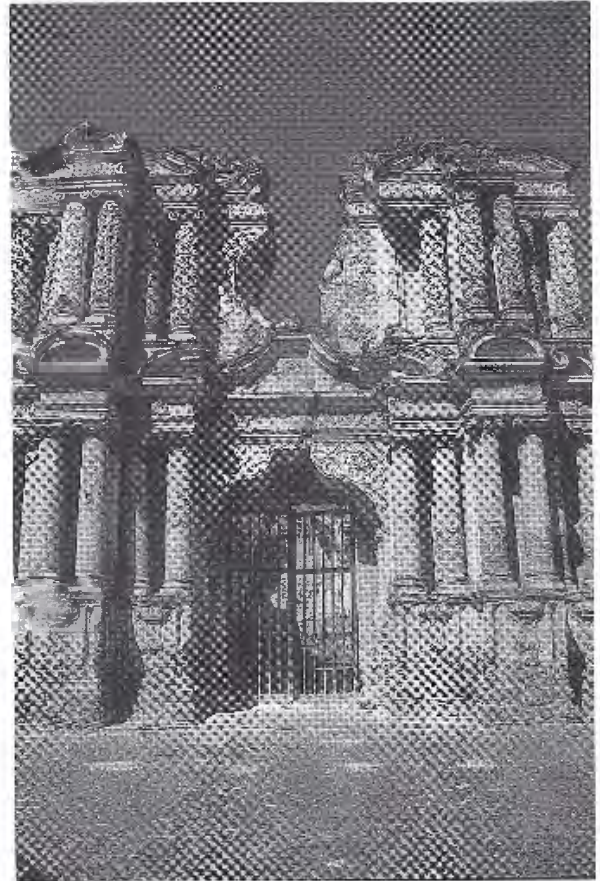


Fig. 9. El Templo I Gran Jaguar de la ciudad maya de Tikal, fotografiado por A. Maudslay en 1882 (foto British Museum).

Fig. 10. Ruinas de la Iglesia del Carmen en La Antigua Guatemala, Guatemala.

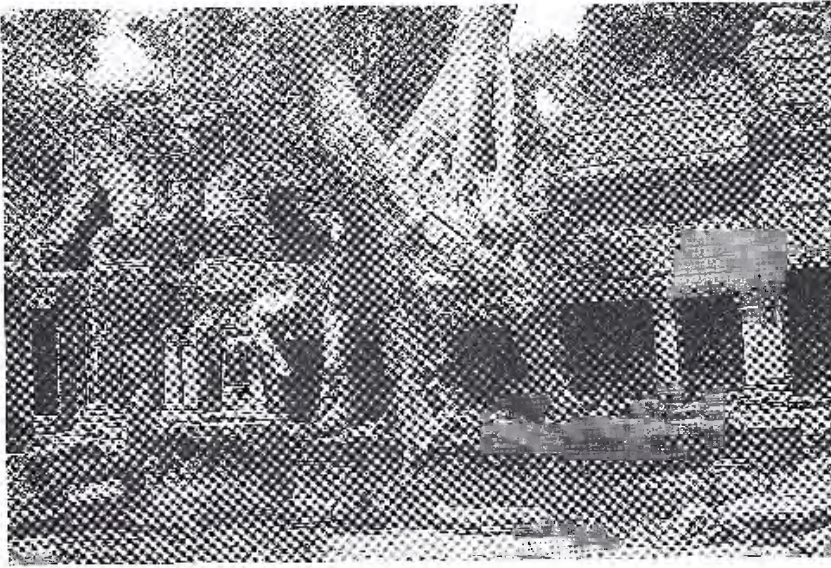


Fig. 11. Ruinas del templo khmer del Preah Kahn en Angkor, Camboya.

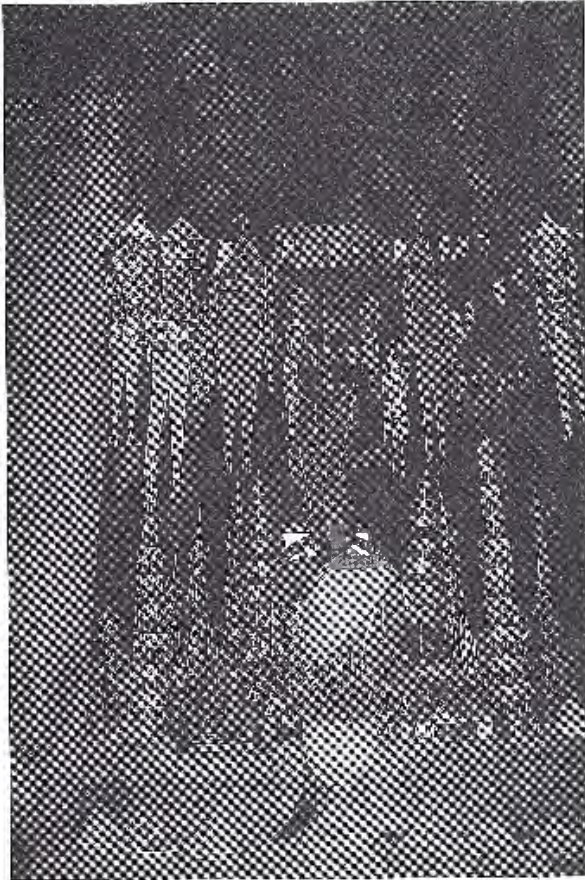


Fig. 12. Altar consagrado a Buda en el interior del complejo monástico de Banteay Kdei en Angkor, Camboya.

El cambio sustancial en la legislación española se produjo con la Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985 en la que para definir el Patrimonio Arqueológico Español se indica que está constituido por los bienes muebles e inmuebles de carácter histórico suscepti-

bles de ser estudiados con metodología arqueológica. Y aquí es donde está el cambio innovador sustancial en este tema, concretamente en la aparición del método arqueológico como elemento definitivo para definir el objeto arqueológico. Ya no es un problema de fechas sino simplemente de calidad o valor patrimonial o histórico-cultural, al fin y al cabo— del objeto y la forma de obtenerlo u obtener información sobre él mismo.

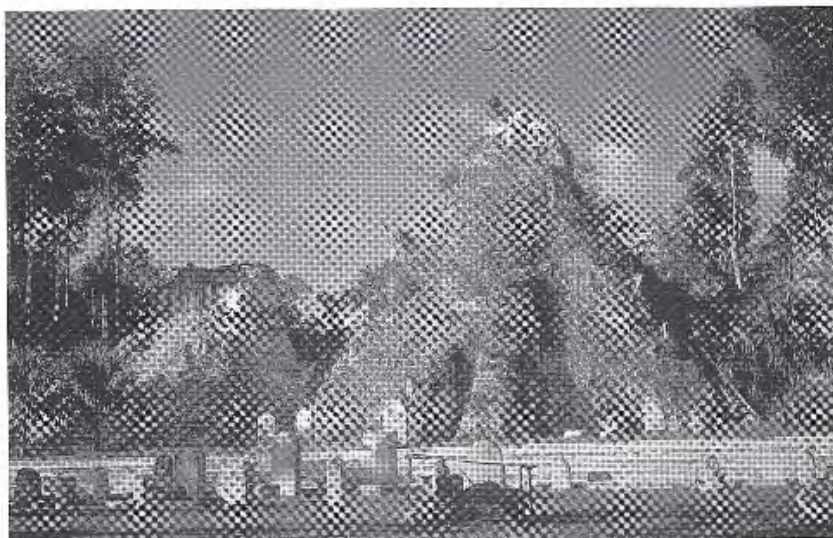
Pero volviendo a las cartas internacionales observamos que la Carta de Venecia, en 1964, ya se ocupa específicamente de las excavaciones arqueológicas en un apartado en el que se expresa que las excavaciones se deben hacer *conforme a unas normas científicas*. Aunque poco más se dice respecto a las excavaciones, sí es suficiente para el reconocimiento de la preponderancia del método.

Otro aspecto que se aborda en dicha Carta es la conservación y protección de las ruinas. Para ello se indican cuatro principios básicos que han sido los más seguidos hasta el momento:

1. Asegurar la conservación y protección permanente de los elementos arquitectónicos y de los objetos descubiertos.
2. Facilitar la comprensión del monumento puesto al día, sin desnaturalizar nunca su significado.
3. La exclusión, a priori, de todo trabajo de reconstrucción. Únicamente la *anastylosis* será admitida.
4. Los elementos de integración se reconocerán siempre y representarán el mínimo necesario para asegurar las condiciones de conservación del monumento y restablecer la continuidad de sus formas.

Algunos de estos principios ya estaban en vigor para el Patrimonio Inmueble y a partir de entonces fueron importados para el arqueológico. Tal es el caso del reconocimiento de los elementos de integración, de ahí que la Ley Reguladora del Patrimonio Histórico-Artístico de 1933 estipulara en su artículo 19: *Se proscriben todo intento de reconstitución de los monumentos, procurándose por todos los medios de la técnica su conservación y consolidación, limitándose a restaurar lo que fuera absolutamente indispensable y dejando siempre reconocibles las adiciones.*

Fig. 13. Pirámide 33 de la ciudad maya de Tikal, Guatemala, antes de su desplome (cortesía del Museo de la Universidad de Pennsylvania para la exposición *Tikal, un siglo de arqueología*).



Toda esta traslación de conceptos era, en principio, correcta pero conllevaba un problema de fondo de difícil solución, ya que las ruinas no son edificios, o mejor dicho, son restos de edificios o edificios incompletos, y como tales no han sido diseñadas para soportar el medio natural. Si se conservan como *ruinas* es imprescindible que tomemos medidas adicionales a las que precisaría el edificio completo para su conservación y preservación.

Por otro lado, y quizás el concepto más innovador en la Carta de Venecia, es el segundo de los enumerados, es decir, la necesidad de hacer explícita la ruina, de dejarla manifiesta al visitante para que con la observación y con alguna información básica complementaria pueda comprenderla en todo su significado histórico, artístico y cultural. Y creemos que es precisamente en este concepto, apoyado por la arqueología como método científico de investigación, en donde se debe cimentar el tratamiento actual de las ruinas arqueológicas.

Por último la Carta de Cracovia suscrita en el 2000 aporta dos aspectos novedosos y muy necesarios. Uno relativo a los aspectos destructivos de la excavación y, el otro, al sistema de mínima intervención. La arqueología, una vez reconocida como método científico de investigación, a veces ha antepuesto este principio al de la integridad de la ruina investigada. Un ejemplo notorio sería el conocido caso de la Pirámide 33 de Tikal que sucumbió estructuralmente por causa de las múltiples intervenciones de que fue objeto, pero hay otros numerosos casos en que la ruina pierde parte de su calidad por el exceso de investigación, así pues la Carta de Cracovia asevera: *Los aspectos destructivos de la excavación deben reducirse tanto como sea posible* (Fig. 13).

Por otro lado afirma que *los trabajos de conservación de hallazgos arqueológicos deben basarse en el principio de mínima intervención*. Y esto viene a profundizar en la fragilidad de las ruinas y la necesidad de ser muy austeros y comedidos cuando se trata de realizar una intervención sobre este patrimonio.

De la anastylosis física a la extrapolación cultural

Cuando en 1931 Balanos propone la anastylosis de la columnata norte del Partenón lo que hace es abrir las



Fig. 14. Ruinas de la ciudad khmer de Angkor Thom en Angkor, Camboya. Detalle de *gopura* o puerta de entrada.

vías de la recomposición de las partes existentes desmembradas como un sistema racional sancionado por las Cartas Internacionales. Este método implica generalmente la adición o reinterpretación de algunos elementos menores o repetitivos, de ahí que, como ya hemos indicado, el veredicto que se dio sobre la utiliza-

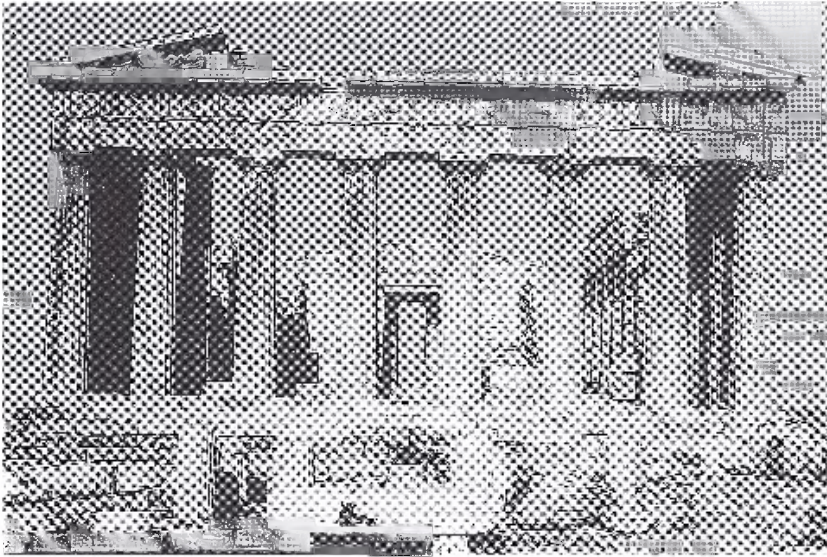


Fig. 15. Fachada oriental del Partenón ateniense en ruinas, Grecia.

ción de vaciados complementarios de la anastylosis no fue tan claro sino muy cauteloso. No se desautorizó, pero se indicó que se hiciese con *la mayor prudencia y subrayaron la utilidad de ensayos preparatorios* (Fig. 15).

Desde el momento en que la anastylosis supone un ejercicio cerrado de rompecabezas físico, en el que se poseen todas o casi todas las piezas y se recompone el objeto, podría también inferirse una extrapolación cultural a objetos semejantes que mantienen patrones idénticos, es decir, a aquellos casos en que se afronta la consolidación y preservación de una ruina incompleta pero equivalente a otro edificio conocido. Esta apertura de miras ha dado lugar a algunas actuaciones en las que la recomposición física de la ruina va más allá de los restos encontrados y de lo racionalmente necesario para su estabilidad y preservación.

Esta actitud puede llevar a recreaciones del pasado que pueden ser muy distintas de la realidad objetiva y producir un cierto engaño, y que parecería más conveniente que quedaran reservadas para realizar experimentos con las nuevas tecnologías de realidad virtual.

La ruina visitable

No obstante, es importante resaltar que cuando se aborda un trabajo arqueológico o la consiguiente restauración y consolidación de las ruinas es preciso tener en cuenta que este patrimonio cultural, legado de nuestros antepasados, debe estar en condiciones de ser disfrutado de forma general y, en lo posible, con unas claves de comprensión amplias.

Por tanto, el énfasis debe radicar en conseguir lo que llamamos la ruina visitable, que sin dejar ni perder su carácter de ruina arqueológica permita una observación científica y cultural adecuada para el ciudadano común, sin contar con medios excepcionales. Esto nos lleva a plantear cuatro principios que debería cumplir cualquier ruina arqueológica puesta en valor:

1. Rigurosidad en su interpretación y restauración.

El rigor histórico y científico deben enmarcar tanto

la investigación arqueológica como las intervenciones de conservación y restauración.

2. Accesibilidad de forma sencilla.

Hay que poner los medios para que, aunque sea de forma circunstancial o sólo para un ámbito local, se pueda garantizar el fácil acceso con medios ordinarios a su visita.

3. Comprensión en sí misma y su contexto.

Que la propia ruina pueda ser entendida en todos sus aspectos, tanto constructivos como de uso o sociales, y dejar manifiesto, dentro de la medida de lo posible, aquellos valores estéticos, artísticos o arquitectónicos más notables.

4. Distinción de sus intervenciones para los especialistas.

Ese principio que ya se formulaba en la Ley española de 1933 y que se aplicó durante mucho tiempo mediante la fórmula clásica de grabar una *R* en los sillares o elementos renovados, debe estar presente mediante soluciones más actuales y sutiles en toda la actuación.

Estos cuatro principios, que a priori parecen sencillos, no siempre lo son. Basta recordar los múltiples ejemplos de ruinas superpuestas en que el mostrar algunos aspectos impide el exhibir otros. Hace falta elaborar un proyecto muy meditado, después de haber obtenido toda la información arqueológica del objeto para poder establecer, en primer lugar, los criterios de consolidación y restauración y luego de adecuación del sitio a los visitantes. Pero creemos que éste es ya un aspecto sustancial del concepto moderno de patrimonio cultural y no sería entendible la preservación de estos bienes sin una posible difusión cultural de sus valores.

El futuro del pasado

La ruina ha seguido una evolución en su apreciación histórica y estética que la ha llevado de ser un resto del pasado, cuyo valor únicamente estribaba en la posibilidad de la reutilización de sus elementos constructivos, a poseer un valor propio intrínseco, tanto por los restos

visibles como por la información que puede ser extraída mediante el método arqueológico.

Pero hay que pensar que no sólo tenemos que hablar de las ruinas visibles, también el método arqueológico es susceptible de utilizarse en ruinas subyacentes, sepultadas por construcciones posteriores, y que sólo la arqueología nos va a permitir constatar su existencia e importancia, así como muchos otros datos sociales e históricos que rodearon al inmueble original.

La profundización en un pasado cultural pasa por un futuro en el que se deben revalorizar todas estas actuaciones que, de forma rigurosa, vayan poniendo en valor y adecuando su difusión y conocimiento el valioso pa-

trimonio arqueológico como una parte muy importante del legado cultural de nuestros antepasados.

Tanto si hablamos de ruinas grecorromanas, como de ciudades abandonadas por los mayas en la selva centroamericana o de las sobrecogedoras ruinas de Angkor en el Sureste asiático, todas ellas precisan este tratamiento respetuoso y homogéneo que permita al ciudadano del siglo XXI apreciarlas en todos los valores culturales que poseen (Fig. 14).

Por tanto, la ruina ya no se debe entender como un reducto reservado a eruditos y estudiosos sino como un libro abierto hacia el futuro en el que la sociedad se ve a sí misma reflejada en el espejo del pasado.

Abstract: This article seeks to offer a general vision about the different points of view arisen concerning the management of the ruins of the ancient monuments, from the Roman Empire fall up today. As a consequence of all this, we focus on the management actually granted to these ruins, in order to make them more understandable and to bring their contents and history over to the visitor.

Key words: Patrimony preservation / Ruins / Ancient monuments / Patrimony Management

Resumen: Este artículo pretende ofrecer una visión general acerca de los diferentes puntos de vista surgidos en torno al tratamiento de los antiguos monumentos en ruinas, desde la caída del Imperio Romano hasta la actualidad. Por ello, nos centramos en el tratamiento que actualmente se concede a dichas ruinas, con el fin de hacerlas más comprensibles y acercar su contenido e historia al visitante.

Palabras clave: Preservación del Patrimonio / Ruinas / Monumentos antiguos / Gestión del Patrimonio